

Esperanza

Hace un año me despedí de Esperanza. Doce años me separaban del primer día que la vi. Aquél primer día, es de los que no se olvidan, de los que cuando rememoras, no dejas de estremecerte. Entonces trabajaba con el equipo de Francisco Palomares y Miguel Delibes, de la Estación Biológica de Doñana (CSIC), con los que me encontraba el 28 de marzo de 2001 en el Coto del Rey, Parque Nacional de Doñana. En los trabajos de campo localizamos la camada que la lincea Iguazú tenía en la trueca de un viejo alcornoque. Cuatro pequeños cachorros formaban la camada de tan sólo unos días de vida. El nerviosismo y alegría se tornó en preocupación. Comprobar en directo como afecta la mortalidad a los cachorros en los días posteriores al parto no es agradable aun a sabiendas que es un proceso natural y habitual. Saberlo no impide que se produzca una gran desazón, y más teniendo en cuenta que existían contadas decenas de ejemplares de esta especie y que un gesto de sensatez podía salvar a uno de ellos. Entre los cuatro cachorros, había uno muerto. Todavía estaba caliente entre sus tres hermanos. Otros dos parecían sanos e hidratados, y el otro, una hembra aún más pequeña, con menos peso que el desafortunado cachorro muerto, se mantenía viva a duras penas. Asumir el curso de la naturaleza cuando solo parían seis o siete hembras de lince al año en Doñana, pareció atragantársele a los responsables de nuestro equipo de trabajo.



Camada de Iguazú en el hueco del árbol que sirvió de paridera. Esperanza 28 de marzo de 2001. Foto de Gema Ruiz Jiménez

Cuando dejamos la camada en su trueca, el silencio se apoderó de nuestro grupo mientras el todoterreno se alejaba circulando a la mínima velocidad que podía. Nadie decía nada, pero todos considerábamos que algo había que hacer. Abandonar aquel cachorro a su obvio destino no parecía razonable ni asumible. El coche se detuvo al borde de la marisma, y el vehículo se convirtió en sala de debate. Consenso: había que intentar salvarla.

El primer teléfono móvil que tuve (tipo “zapatófono”), algo inusual todavía entre nuestro gremio, permitió junto a otros de la misma gama, que lanzáramos la solicitud a nuestros superiores y estos a su vez a las Administraciones responsables para intentar que se salvara el cachorro. Alejados a cierta distancia de la trueca de Iguazú y mientras dábamos vueltas a la imagen de aquél cachorro moribundo, llegó la esperada aprobación, ¡podíamos retirarlo! Creo que fueron dos horas lo que separaron el hallazgo del retorno a recoger a la joven lincesa, pero a mí me parecieron más, ¡muchas más!

Ese cachorro fue un despertar a diálogos fluidos, a consensos ágiles y a rotundidad en las decisiones. El equipo de investigadores obtuvo permiso de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía y del Ministerio de Medio Ambiente para volver al lugar y recoger al cachorro para, trasladarlo al zoo de Jerez e intentar salvarlo.

Era la primera vez que se retiraba un cachorro de lince del campo y no se sabía muy bien cómo proceder. Las indicaciones tardaban, pero llegaron de boca de los responsables del zoo. Me asignaron el cometido de aportarle calor en el primer tramo y tuve el placer de abrigoarla entre mi cuerpo y la camiseta hasta llegar al Rocío. La tarea no era muy complicada, pero mientras el todoterreno se apresuraba, la labor me pareció lo más importante que había hecho. Los baches del camino se hacían más molestos que nunca, y sujetaba el cachorro como si la investida de un socavón pudiera hacer que se le escapase la vida.

Fue en el zoo de Jerez de la Frontera dónde, no sin esfuerzo y desvelos, la sacaron adelante y le pusieron ese nombre que siempre he pensado que ha sido el más acertado de los que en la historia de los lince con nombre ha habido: Esperanza. Trabajo y mucha esperanza es lo que en aquellos años hacía falta para poder contestar a la continua pregunta, ¿crees que el lince, la especie, se salvará de la extinción? ¡Cuánto costaba contestar entonces afirmativamente esa pregunta!

Tras unos meses, Esperanza regresó a Doñana y comenzó a vivir en las instalaciones del Centro de Cría del Acebuche. Siempre tuve debilidad por Esperanza, aunque la viera pocas veces. Esperanza, hija de Iguazú y nieta de Gloria como los personajes de grandes novelas, de grandes familias, o de grandes héroes. Gloria fue el primer lince que vi en mi vida. Gloria fue la madre, abuela o bisabuela de un considerable número de los lince de Doñana, ya que regentó el núcleo fuente de Coto del Rey durante muchos años, produciendo cachorros que fueron colonizando diferentes puntos de Doñana, o al menos lo intentaron. Una familia con ganas de sobrevivir y hacer que su especie perdurara.

Gloría era una perfecta representante de lo que es un lince, un felino que en el campo, mientras recorre su territorio, se ve poderoso, se muestra con actitud de dueño de su espacio, nunca amenazante, siempre pausado. Los avistamientos de adultos territoriales siempre incrementaron el respeto que por esta especie tengo. En su territorio pueden tumbarse a una decena de metros de ti y después, mirarte o sentarse de espaldas e ignorarte. Son la pieza que encaja perfectamente en ese lugar y saben cómo desaparecer de tu vista con un gesto, en una décima de segundo. Tengo que recurrir a diapositivas para sacar alguna imagen de Gloria a la luz, aunque la primera vez que la viera y cada una de las veces siguientes que me crucé con ella no se borren del recuerdo.



Gloría. Hembra territorial de Coto del Rey y abuela de Esperanza en el medio natural, mirando desde lejos. Foto de Gema Ruiz. Jiménez

Meses más tarde Esperanza fue trasladada y tuve la oportunidad de acompañar una vez a los cuidadores del Centro del Acebuche a la hora de suministrarle la comida. Me encontré una joven lince fuerte y excesivamente cariñosa, comportamiento que personalmente me desconcertó. En

aquella dependencia me encontré un animal con el aspecto de poderoso felino, pero ronroneando entre mis piernas y frotándose contra mí. Se me antojó que el destino de este lince se había malogrado. ¿Dónde estaba la condición de salvaje, de super-predador? Otra vez el encuentro con Esperanza me dejó un sabor agridulce en la boca. Por un lado la irrepetible oportunidad de que un lince te reclame caricias y, por otro, no reconocer la esencia de esta especie que tanto admiro. Sentimientos encontrados.

Pero mejor destino le esperaba a Esperanza. El Programa de cría en cautividad, comenzó a ser una realidad y Esperanza pasó a ser uno de los fundadores del Programa. La relación con sus congéneres mejoró su comportamiento, comenzó a ser más lince. Fue su primer cortejo con Garfio el primero que pudieron observar en el Centro de Cría del Acebuche. He escuchado a Astrid Vargas contar años después que Esperanza ha sido uno de los iconos del Programa: ...El estilo de Espe: ¡Qué tía más loca y más simpática! Sus primeros cortejos y cópulas con Garfio, cuando cargaba hacia él, le saltaba por encima y luego se rebozaba en sus heces mientras Garfio la observaba inmutable, probablemente perplejo. Como era la primera vez que veíamos copular a una pareja de lince pensábamos "pues si que tienen un cortejo raro estos bichos"...

Esperanza tuvo varias camadas y ha contribuido con su genética en la conservación de la especie. ¿Caída del cielo?, ha vivido 13 años, edad más que cumplida para esta especie. Seguiré a Cynara atentamente este año, una de sus hijas, para no perder la pista de esta línea de grandes lincecas.

Y fue en el zoo de Jerez donde hace un año me despedí de ella. Muchas cosas han pasado en todo este tiempo. Esperanza, ya una linceca viejita, fue trasladada al zoo de Jerez de nuevo, en su último viaje. Se había habilitado una instalación para exhibir lince ibéricos por primera vez en la historia. Y era ella, otra vez ella, la que protagonizaba este evento de consenso y un paso nuevo en la conservación de la especie. Representantes del Ministerio y de la Junta de Andalucía, junto al zoo-botánico de Jerez y la Estación Biológica de Doñana, amparaban el nuevo destino de este ejemplar. Eran Esperanza y Garfio los lince que el público de este zoo podrían admirar. Algo me impulsó a ir. Sabía que con la edad que tenía Esperanza, casi con seguridad sería un adiós, y quise ver donde pasaría sus últimos días.

Hace una semana recibí de compañeros del Programa de Cría en Cautividad la noticia de la muerte de Esperanza. Toñe (Antonio Rivas) nos escribió unos párrafos en los que nos hacía partícipes a las personas que estuvimos en aquel primer encuentro con Esperanza del desenlace final. Creo que a

todos los que hemos tenido algo que ver con este animal, nos dejó un poquito de vinculación afectiva con ella.

Compartiendo desde mi particular mirada la vida de esta lincesa, espero que la esperanza que Esperanza nos transmitió a todos perdure por muchos años. Ejercicios de implicación y consenso para el rescate de la especie es la historia de su vida.

La difícil pregunta que entonces costaba contestar afirmativamente, hoy gracias al trabajo de muchos profesionales, y el aval de muchas administraciones y organismos no gubernamentales cuesta menos contestarla: Sí, hay Esperanza para el lince ibérico.

La última imagen que tengo de la lincesa Esperanza cierra un círculo vital que empezó y termino con la escena de su figura adormecida en el hueco de un árbol.



Ilustración 3 Esperanza, Zoo-botánico de Jerez de la Frontera. 17 de febrero de 2013. Foto de Gema Ruiz Jiménez

Gema Ruiz Jiménez
Técnico del Proyecto LIFE+ Iberlince
Sevilla, 14 de abril de 2014